

BERNARDO CANAL FEIJÓO

6 JUN 1964

DESARROLLO Y CRISIS CULTURAL

Separata de la Revista Universidades N° 5

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA
LATINA. CENTRO DE INFORMACION Y
DOCUMENTACION UNIVERSITARIAS.

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

UDUAL
LC
191
.C3

BERNARDO CANAL FEIJÓO

DESARROLLO Y CRISIS CULTURAL

Separata de la Revista Universidades N.º 5

UNIÓN DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA
BUENOS AIRES

AL

91

3

368
23 SEP 1913

Cód. y. de Binas
CIDU1802.0028
Nº de inventario
2018-02-00368

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA
LATINA. CENTRO DE INFORMACION Y
DOCUMENTACION UNIVERSITARIAS.

Es quizá recién desde la segunda mitad del siglo XVIII, coincidiendo obviamente con el irrumpimiento de las nuevas doctrinas de la soberanía popular, con el dogma de la *volonté générale* de Rousseau, que comienza a aflorar la cuestión de las relaciones y compromisos de la cultura con la realidad.

Inicialmente, la cuestión sobreentiende con la palabra *cultura*, por antonomasia las formas del trabajo intelectual que opera con la palabra escrita o hablada, o sea la literatura y la filosofía, pues las otras formas, la música, la pintura, la escultura, por la naturaleza misma de sus recursos y objetivos, estaban entonces excluidas de toda problemática de ese tipo. Actualmente, las cosas han cambiado también para esta segunda especie de formas del trabajo intelectual que no se vale de la palabra: el cubismo, el no-figuratismo, el sintetismo, etc., están llevando a estas artes no verbales a planos de abstracción y esoterismo que ya obligan, también a su respecto, a plantearse la cuestión de la relación y compromiso con la realidad. Esta mayor extensión del área, que en el transcurso de nuestro siglo se ha visto ilustrada por un afán teorizante tan eficaz que casi acaba por volver las artes no verbales a otra manifestación más de la literatura, nos aproxima más al otro término de la cuestión, la realidad. Necesitamos aclarar qué es la realidad, qué debe entenderse por realidad, en esa proposición correlativa a la idea de cultura.

Naturalmente, por *realidad* se sobreentiende cierto estado

general de las cosas en torno al ser humano, que va desde el ámbito físico y el ordenamiento material de la existencia social hasta el estado de preparación, esto es de instrucción o educación del "pueblo", o mejor dicho de las masas en o con las que tiene que ver inmediatamente el ser humano.

En última instancia, el problema de la relación de la cultura con la realidad consiste en saber en qué medida la cultura intelectual y estética, siempre en manos de individuos bien singularizados, como creadores, como pensadores, como profesores, etc., atañe, o toca, llega, o le importa al "pueblo", sea como posible consumidor, diré, sea como sujeto vocativo de una intención determinada del hombre culto, o que maneja esos instrumentos de la cultura que son la literatura y el arte; una intención que, dicho sea de paso, no tratándose de la acción que incumbe a la escuela, nunca es una intención simplemente pedagógica o didáctica; de cierta altura para arriba, la cultura tiende a presumirse facultades sinaíticas, a obrar por revelaciones cata-líticas, no por persuasiones metódicas, importándole en rigor más lo que en sus infusas potencias pueda haber de poderes de movilización o desencadenamiento que de preparación propiamente hablando.

A fines del siglo XVIII, y hasta no hace más de medio siglo, la cuestión no ofrecía teóricamente muchas dificultades. Se podía contestar, y se contestaba, de muchas maneras, con grandes probabilidades de rigor lógico en los argumentos y en las respuestas, porque la mente podía maniobrar todavía ante o dentro de un cuadro general de cosas, materiales y humanas, que, si bien ya comienzan a verse envueltas en el torbellino de una nueva era desencadenada por la revolución industrial, todavía da cierta impresión de estabilidad y fijeza, que permite pensar o en un "restablecimiento" del orden, o bien en mejores ajustes. Se puede hablar de campañas y ciudades, de clases, de capital y trabajo, como de cosas y valores líquidamente aislados o aislables, y colocados en una situación de relaciones recíprocas que vale por una ecuación matemática. El cuadro así representado a la mente teórica, allanaba grandemente dificultades a las respuestas que ésta se debía ante la cuestión de las relaciones y

compromisos de la cultura, intelectual o estética, con la realidad. En verdad, por último las respuestas no resultaban difíciles, tal vez en muchos casos pecaban de demasiado obvias, pero bien puede decirse que al trasladarlas del plano teórico al plano práctico, los indudables progresos alcanzados en ciertos terrenos del ordenamiento material, no han impedido una tremenda reagravación del problema en otros terrenos, que por no haber sido del todo imprevisibles para la cultura se tiende bastante lógicamente a cargar sobre ella responsabilidades.

En nuestros días, el cuadro general ha cambiado profundamente.

Hay un conjunto de hechos que definen universalmente, diré, nuestra era, en el momento que nos toca vivir. Son: el aumento "malthusiano" de la población humana; la tendencia demográfica a las concentraciones urbanas; el progreso tecnológico. Unos son naturales, otros son lógicos o necesarios. Valen hoy para todo el mundo. Sin embargo, en cada punto del globo suscitan un estremecimiento de la conciencia histórica, cargado de desconfianzas y temores. ¿Por qué? Rige el sentimiento universal de que se vive un trance de traspaso; de que éste que nos ha tocado es un "changing World", de que se está pasando a otra cosa, y esto de prisa, sin que se sepa bien quién apura el paso, quién imprime ese ritmo a la marcha, en el paso a otro mundo, el mundo de mañana... Naturalmente, por mucho que se fíe en las profecías o en los cálculos de probabilidades, nadie puede estar seguro de lo que será ese mañana. Y la verdad es que las profecías y los cálculos de probabilidades en esta área son bien inquietantes. No se puede ciertamente esperar mucho optimismo en las representaciones proféticas o científicas de un mundo que de aquí a un tercio de siglo estará ya superpoblado y superconcentrado, y en el cual los recursos tecnológicos habrán relevado al hombre de muchas tareas, incluso intelectuales, sin haber garantizado la dignidad de sus ocios.

Quizá este sentimiento de encontrarnos en un mundo cambiante equivalga al sentimiento de que el suelo se mueve bajo los pies del hombre. La inseguridad, la inestabilidad del suelo que se pisa, son sin duda presupuestos infusos absolutos de la

conciencia o subconciencia histórica contemporánea; tiñen todas sus perspectivas, modulan todos sus proferimientos. El suelo se mueve bajo los pies . . . Es claro que nos referimos al suelo histórico, no al suelo geológico que bien que mal todavía se está bastante quieto; pero para representarnos la situación histórica hemos necesitado echar mano a la idea de suelo. La metáfora obliga en este caso. Quiere en definitiva decir que sentimos el trance histórico como si hubiéramos perdido cimientos o raíces, como si nos hubieran fallado raíces o cimientos. La sensibilidad actual prefiere la idea de raíces, no sé bien por qué resabio telurista. Ha sido sin duda un sentimiento muy patético del trance histórico, en algunos de sus aspectos, el que llevó a una escritora judía a pensar en él precisamente con la palabra *déracinément*, desarraigo. Creo que sólo en el lenguaje argentino esa palabra ha resonado después con patetismo equivalente, salvados planos de enfoque distintos. Y esto merece ser tenido en cuenta, pues no se trata de un eco meramente ecológico.

Fácilmente se comprende que las relaciones con ese mundo, con o dentro de un mundo en esas condiciones de conmoción intrínseca, de traspaso y desarraigo, plantean a la cultura una problemática muy particular, que parte de la índole substancial misma de la cultura, según hemos venido entendiéndola hasta hoy. No hay cultura que no repose sobre fundamentos o presunciones reales o mentales, de estabilidad y permanencia, que a veces sugieren incluso la idea de cristalización. No hay cultura que no sobreentienda el estar pisando un terreno firme de valores e ideas, que quisiera considerar incluso "eternos". No es concebible, para los cánones sempiternos, una cultura de lo momentáneo, de lo cambiante, de lo que va pasando a otra cosa, y menos cuando no se sabe qué cosa será ésta al fin. No hay cultura de la incertidumbre, y menos aún del momento en que el primer punto de partida de la teorización enfocada sobre el futuro, lo descuenta construido o regido según un orden en que necesariamente las ideas y los valores actuales habrán perdido vigencia, o habrán tenido que someterse a modulaciones inconcebibles hoy.

También, pues, vale para los planos de la cultura ese estado de conmoción general acarreado por el dinamismo de los tiempos

modernos, con esos fenómenos de proporciones realmente catastróficas que los definen; sólo que la cultura no admite expedientes de emergencia, subsidios de socorro, viviendas prefabricadas, drenajes y trasplantes compensatorios, migraciones sistematizadas, campos de concentración o villas miserias, y debe afrontar las incertidumbres del trance con pequeñas gesticulaciones abstractistas para disimularse la absoluta carencia de algo que pudiera llamarse el genio de este terrible-hoy-en-día sin mañana discernible, que la abrume a ella como a todo el mundo, y gravita sobre ella acompañado de una penosa impresión de impotencia.

Acaso en estos momentos, más que en ningún otro de la historia desde el siglo XVIII, el problema de las relaciones y compromisos entre la cultura y la realidad se presente a la conciencia con perfiles especialmente acuciosos. Todos tienden a pedirle cuentas de lo que ocurre, sea para responsabilizarla, sea para exigirle soluciones inmediatas, sea individualmente en sus agentes singulares, sea en sus órganos públicos o privados. Hay una requisitoria espontánea de la realidad a la cultura; y también una requisitoria categórica de la cultura a la realidad. Todos se preguntan de algún modo: ¿Qué hacen los intelectuales, qué hacen los artistas, qué hacen los profesores, en estas circunstancias? No faltan quienes hablen de irresponsables y cómplices en muchos casos. Y la generalidad vuelve la mirada, con ansiedad, a veces con enrostramiento, hacia las universidades, hacia los colegios, hacia todo órgano de acción cultural, en una palabra. Y por su parte, también es verdad que estos organismos, e individualmente muchos intelectuales y artistas, se muestran mucho o poco preocupados por ese problema y aun intentando dar una respuesta positiva, aunque por cierto ninguno la sienta al fin realmente satisfactoria, esto es eficaz. La índole esencial de esta respuesta encierra en suma más una aspiración que una solución.

Se aspira a lo que se llama "la integración" de la cultura en la realidad, aunque nadie llegue a ver claro en la esencia semántica de esa palabra, que encierra una noción intuitiva particularmente difícil por un motivo fundamental: por esa anti-

nomia esencial que antes he señalado, entre la esencia de la realidad actual, que cifra inestabilidad, traspaso a otra cosa, provisoriedad, movilización general, momentaneidad, afloramiento crítico a superficie desnuda de todos los factores de tensión social, y la esencia de la cultura que, proviniendo semánticamente de cultivo, implica substancialmente laboreo en profundidad, localización y permanencia, esto es, estabilidad en espacio y tiempo. Jamás podrá llegarse a coordinar ambas esferas en su condición esencial actual, satisfactoriamente. Lo cual no quiere decir que sea inconcebible un papel de la cultura, según su condición específica en el mundo actual. ¡Naturalmente, no! Pero es una paradoja poco edificante, por lo menos a la luz de la ética más inveterada, tener que pensar esta nueva función como una adaptación de la cultura a la nueva realidad, y no como una normalización de la realidad conforme a la cultura. La pasión de los tiempos influye precisamente este penoso sentimiento de una fortuita supeditación de la función de la cultura a los requisitos de una realidad incontrastable. Bajo aspectos inmediatos las cosas se han desarrollado en el último siglo más rápida y poderosamente que las fuerzas éticas del intelecto humano —si es que algo han crecido éstas, lo que no es evidente, y en todo caso se ha puesto hoy en día a prueba decisivamente. La adaptación de la cultura a la nueva realidad, en condiciones tan desventajosas, comenzará pidiéndole nuevas modulaciones en el concepto y la función de la cultura, en sus métodos y en sus fines, nuevas modulaciones que acaso conduzcan al fin a la substitución de la cultura que conocemos por otra cultura muy distinta que hoy nos resulta todavía bastante inimaginable. Si nuestra vieja cultura venía siendo desde siempre cultura de personalidad y profundidad, la nueva tendría que ser cultura de masas y de superficie; si aquélla era principalmente cultura del libro o de la letra y el intelecto, esta otra tendrá que ser cultura de la imagen o el sonido y la sensación; si la primera era la cultura para la superación individual, la nueva tendrá que ser para la confusión o anegación masiva; de la cultura para la liberación individual se habrá pasado a la cultura para una sumersión en lo indistinto, en cuyo seno los peligros del caos estén conjurados por sistemas

de señales de tráfico objetiva y policialmente impartidas. Todas las fantasías del futuro más próximo, aventuradas por pensadores y fabricantes de *science-fiction* de nuestros días, coinciden invariablemente en ese orden de figuraciones.

En síntesis: asistimos a una crisis total del mundo, que envuelve a toda la realidad, y en ella a la cultura, que nunca puede ser ajena a ella. La crisis de la cultura consiste fundamentalmente en que se ve envuelta en esa crisis general, o dentro de la realidad en crisis, sin capacidad de señorío, sin esa capacidad rectoral que siempre se creyó que le estaría otorgada a la cultura frente a la realidad.

Hoy la cultura se siente desconectada y desorientada. Ella, que todo lo podía, y sigue pudiéndolo todo, frente a la naturaleza sobrehumana, a la naturaleza de las cosas, advierte de pronto que nada o muy poco puede frente a hechos que atañen a la naturaleza del hombre y a la propia naturaleza de la cultura . . .

Así, ha llegado el momento, tal vez por primera vez en la historia del mundo, en que le es indispensable volver sobre sí misma en autoexámenes decisivos, que hacen no a un mero y profundo escrúpulo ontológico, sino a la conciencia y la medida de su papel y destinos.





